

movimiento del enemigo, se aproximó á ella mas de lo que conviniera (23 de abril); así fué que revolviendo de repente Suchet, sobrecogió al general español, y arrollando sus coraceros á nuestra caballería desordenáronse dos de las tres columnas, de modo que batallones enteros quedaron prisioneros del enemigo; O'Donnell con la gente que pudo recoger se retiró en buen órden á Montblanc.

Orgullosos los franceses con este triunfo, embistieron aquella misma noche los reductos del fuerte de Garden, logrando ocupar uno de ellos, pero siendo luego obligados á evacuarle y retirarse. Al otro día invitó Suchet al gobernador á que enviara persona de su confianza y que pudiera certificarle la derrota de la víspera, y que no habia quien pudiera socorrer la plaza. «Señor general, le respondió dignamente Garcia Conde, esta plaza nunca ha contado con el auxilio de ningun ejército.» De lamentar es que le durára poco aquella firmeza. El 29 de abril comenzaron los enemigos los trabajos de trinchera entre los baluartes de la Magdalena y el Cármen. No se notaba energía de parte de los defensores: la artillería de los sitiadores comenzó á jugar el 7 de mayo, y el 12 hicieron practicable la trinchera. De los dos reductos del Garden que fueron atacados aquella noche, el de San Fernando se defendió tan porfiada y heroicamente que solo quedaron con vida 60 hombres de los 300 que le guarnecian. El 13 fué asaltada y entrada la ciudad

por las tropas del general Habert: soldados y habitantes, viendo que eran todos acuchillados, se refugiaron precipitadamente al castillo, colmándose aquel recinto de gente, militares, paisanos, niños y mugeres. Las bombas que inmediatamente mandó arrojar Suchet sobre el castillo causaban horrible estrago en la gente allí apiñada; y fuese que al gobernador le ablandáran los lamentos de tantos infelices, fuese que le abandonára la firmeza, ó que flaqueára su lealtad ⁽¹⁾, al siguiente dia capituló, se enarboló el estandarte blanco en el castillo, y desfiló la guarnicion con los honores de la guerra, depositó armas y banderas, y fué conducida á Francia. Gran pérdida fué para nosotros la de Lérida; los enemigos encontraron allí numerosa artillería y abundantes provisiones: quedaba sumamente debilitado nuestro ejército de Cataluña.

Rendida Lérida, pensó Suchet en apoderarse de la plaza de Mequinenza, situada en la confluencia del Ebro y del Segre, cuya principal defensa era tambien su castillo colocado en una alta y descarnada montaña que sirve como de barrera á los dos rios. Guarnecióla 1.200 hombres. Encomendó Suchet el sitio y ataque al general Musnier. No habia camino por donde los franceses pudieran llevar su artillería, y les fué

(1) De poco leal le acusó la opinion, confirmándose el juicio de los que así pensaban con verle mas adelante tomar partido por los franceses. Sin embargo escritores españoles de nota le salvan de este cargo, atribuyendo su floja defensa, ó á cualidades de su carácter, ó á su mala estrella.

preciso abrirle á través de las ásperas montañas que por la parte de Occidente guardan nivel con la posición del castillo, elevado y aislado por todos los demás puntos. Merced á esta difícil y penosa operación, en que emplearon desde el 15 de mayo hasta el 1.º de junio, y en cuyo intermedio tomaron también posiciones á las orillas de los dos ríos, lograron los franceses aproximar al castillo su tren de batir. En la noche del 2 al 3 se abrió la trinchera; en la del 4 al 5 penetraron los sitiadores en la villa, y saquearon é incendiaron muchas casas. Tres días después, arruinadas las principales defensas del fuerte, y sin abrigo alguno ya contra los fuegos exteriores, rindióse la guarnición, quedando prisionera de guerra (8 de junio).

Nuestras pérdidas por aquellas partes se sucedían con rapidez. Y de este modo se iba el enemigo afianzando y fortaleciendo en las poblaciones fronterizas de los tres reinos de Valencia, Aragon y Cataluña y preparándose así para nuevas empresas. Con todo eso los nuestros no cesaban de trabajar á fin de no dejarle arraigarse impunemente. Aun durante las operaciones de Lérida y de Mequinenza, en Aragon peleaban diariamente nuestras columnas y partidas, no dejando á los franceses momento de reposo. Don Francisco Palafox y don Pedro Villacampa, con alguna más fortuna éste que aquél, intentaban sorpresas más ó menos atrevidas, hasta que perseguido el último por el

general polaco Klopicki tuvo que irse retirando hasta Cuenca. Proseguían también en Cataluña los somatenes y guerrilleros hostigando al enemigo con acometidas parciales. El ejército, aunque muy menguado, nunca se daba por vencido, y O'Donnell estableció de nuevo en Tarragona la base de sus operaciones.

Digamos algo de lo que en la primera mitad de este año había acontecido en otros puntos de España.

Cuando el general Blake, encargado de reorganizar el ejército del centro, fué llamado por la Regencia á la Isla de Leon, según en su lugar dijimos, quedó al frente de las tropas que aquél mandaba, acrecidas ya, merced á su celo y diligencia, hasta más de 12.000 hombres, el general Freire, ocupando los confines de los reinos de Granada y Murcia. Una expedición que á poco tiempo hizo en aquella dirección el general Sebastiani, le obligó á replegarse y buscar seguridad en Alicante, enviando una de sus divisiones á Cartagena. Sebastiani se corrió por Baza y Loxa hasta Murcia, en cuya ciudad entró sin obstáculo (23 de abril). Era la rica y populosa ciudad de Murcia una de las pocas poblaciones importantes de España en que no habían penetrado todavía tropas francesas. Bien cara pagó esta primera ocupación. Aunque Sebastiani anunció á su entrada que respetaría las propiedades y las personas, al día siguiente, so pretexto y aparentando enojo de que no le hubiese recibido el ayuntamiento con salvas y repique de campanas, y de que el cabildo no hubiera

salido á recibirle y cumplimentarle cuando fué á visitar la catedral, impuso al vecindario una multa de cien mil duros, que al fin á fuerza de ruegos rebajó á la mitad; y respecto al cabildo, despues de haber hecho interrumpir los divinos oficios y de hacer llevar preso á un canónigo en traje de coro, ordenó que en el término de dos horas se le entregasen todos los fondos de la iglesia; y como le suplicasen que alargase siquiera á cuatro horas el plazo, «Un conquistador, respondió con desdeñosa altivez, no revoca lo que una vez manda.»

Y aun habria sido de agradecer que se contentáran con esto él y su gente; y no que así se estendió su rapacidad á los conventos como á otros establecimientos públicos, y aun á las casas particulares. Y como si este hubiese sido el esclusivo objeto de su correría, satisfecho que fué, á los dos ó tres dias evacuaron la ciudad, no tardando tampoco en retirarse de la provincia luego que esquilmaron aquel rico suelo hasta entonces por ellos no explotado. Así era la irritacion que en pos de sí dejaban en los naturales. La gente de la Huerta comenzábase ya á alborotar, y como ya no encontrase á los franceses cuando entró en Murcia, vengóse en los que, con fundamento ó sin él, eran tenidos por aficionados á ellos; entre otros fué tomado equivocadamente por tál el corregidor interino, costándole tan lamentable error no menos que la vida. Los pueblos tocaban ya á rebato por donde los franceses se volvieran. Freire

se quedó en Elche, enviando otra vez parte de sus tropas á la frontera de Granada, en cuyo reino, y mas principalmente en la áspera sierra de la Alpujarra, se movian tambien las guerrillas, distinguiéndose entre los partidarios Mena, Villalobos, y otros audaces caudillos.

En Extremadura se hallaba el ejército de la izquierda, puesto otra vez por la junta de Sevilla, y después por la Regencia á cargo del marqués de la Romana. Habíase ido aumentando hasta 26.000 infantes: faltábale caballería, pues solo contaba con 2.000 ginetes, de ellos la mitad desmontados; falta grande en aquel país. La Romana le habia distribuido colocando á su izquierda á la parte de Alburquerque dos divisiones, mandadas por don Gabriel de Mendizabal y don Carlos O'Donnell, hermano de don Enrique, y otras dos á su derecha y lado de Olivenza, regidas por Senen de Contreras y Ballesteros. Servíanle de apoyo las plazas fronterizas de Portugal, y la proximidad del ejército británico. El lector recordará que cuando el rey José invadió la Andalucía, el mariscal Mortier, duque de Treviso, que mandaba el 5.º cuerpo, revolvió á Extremadura, se presentó delante de Badajoz, intimó la rendicion de la plaza, y en vista de la dura respuesta que recibió del gobernador retiróse á Llerena (12 de febrero), donde estableció su cuartel general, dándose la mano con el 2.º cuerpo que regia el general Reynier, el cual en principios de marzo sentó sus reales en Mé-

rida. Pues bien, desde entonces, aunque no hubo en Extremadura batalla alguna formal, no cesaron de marzo á junio los combates y refriegas, mas ó menos empeñadas. Sosteníanlas principalmente, por la derecha Ballesteros con el cuerpo de Mortier, dándose á veces la mano con las guerrillas y columnas españolas que peleaban en el Condado de Niebla, por la izquierda don Carlos O'Donnell con las tropas de Reynier. Permanecieron en aquellas partes los dos cuerpos franceses hasta recibir las órdenes imperiales para la gran expedición á Portugal.

Con este propio objeto, y para preparar aquella expedición que habia de dirigir como gefe el célebre mariscal Massena, duque de Rívoli, y asegurada ya para ello la derecha de aquel reino con la ocupación de Astúrias y de Astorga, habiase dado orden al mariscal Ney para que embistiera la plaza de Ciudad-Rodrigo, y así lo verificó á últimos de abril. Gobernábala el honrado y valeroso veterano don Andrés Perez de Herrasti, con una guarnición de 5.500 hombres, y unos 240 ginetes que acaudillaba el intrépido don Julian Sanchez. Confiaban unos y otros en el auxilio que debería prestarles el general del ejército inglés lord Wellington, que se hallaba con su cuartel general en Viseo. Pero tambien por este temor aglomeraron los franceses en torno á la plaza desde el 25 de abril hasta el mes de junio una masa de 50.000 hombres mandados por los generales Ney, Junot y

Montbrun. A pesar de tan inmensa fuerza empleada contra una débil plaza, los sitiados sostenian reencuentros diarios, hacian salidas impetuosas, y contestaba con firmeza á las intimaciones el gobernador Herrasti. Mantuviéronse así hasta últimos de junio, en que los franceses comenzaron á cañonearla con 46 piezas que formaban siete baterías.—Dejaremos para otro capítulo la historia de este importante sitio, considerándole como el principio de la anunciada expedición á Portugal.

Mas no terminaremos el presente sin dar cuenta de un suceso, que aunque no enlazado directamente con las operaciones militares, á haber tenido el desenlace que se buscaba, hubiera influido en el éxito de la guerra mas que los planes mejor combinados, y mas que algunas victorias ganadas al enemigo; de una tentativa que, aunque malograda, hizo gran ruido y sensacion en Europa, y fué ocasion para que se publicáran documentos, cualquiera que fuese su autenticidad, de gran interés histórico, y de la mayor importancia para la nacion española: todo lo cual aconteció en la primera mitad del año 1810 que este capítulo abarca, por cuya razon lo comprendemos en él.

En tanto que acá los españoles derramaban copiosamente su sangre y se sacrificaban tan patriótica y heroicamente como hemos visto por conservar y devolver á su querido Fernando el trono y la corona que le habia arrancado Napoleon, aquel monarca y los

príncipes sus hermanos continuaban confinados en Valencey, donde, al decir de bien informados escritores, tenían una vida poco variada, alternada con algun sarao ú otro entretenimiento que de cuando en cuando les proporcionaba la esposa del príncipe de Talleyrand, saliendo pocas veces del circuito del palacio, casi siempre en coche, no hallando dentro de él distraccion en la lectura por parecerles peligrosos los libros que en la biblioteca del edificio habia, y entreteniéndose solo en algunas obras de manos, especialmente en las de torno á que el infante don Antonio era muy aficionado. Habian sido alejados de su compañía y destinados á varias ciudades de Francia sus mas íntimos amigos, entre ellos el duque de San Carlos y el canónigo Escoiquiz, quedando solo á su lado, como primer caballero, don José Amézaga, pariente del último. Contemplaban y compadecian los españoles á sus príncipes como cautivos en Valencey, suponiéndolos agobiados de amargura y de despecho y con el pensamiento fijo en su España y sus españoles. Varios proyectos se habian presentado al gobierno para que Fernando pudiera evadirse de la prision de Valencey, y todos habian sido desechados por creerlos irrealizables. No pensó del mismo modo el gabinete inglés con uno que á principios de este año le fué presentado con el propio objeto por el baron de Kolly.

Cárlos Leopoldo, baron de Kolly, irlandés segun unos, borgoñon segun otros, jóven travieso y astuto,

y que habia desempeñado ya algunas comisiones de espionage secreto, presentóse á la córte de Inglaterra con un plan para sacar á Fernando de Valencey, y trasladarle á un puerto de España, ofreciendo ejecutar por sí mismo el pensamiento. Agradó éste al monarca británico, y apoyado por el ministro marqués de Wellesley, embajador que habia sido cerca del gobierno español, diéronse al baron documentos y papeles que acreditaran su persona é inspiraran confianza á Fernando (1), y proveyéronle de pasaportes, itinerarios, estampillas y sellos. A su regreso los esperaba á él y al príncipe en Quiberon una escuadrilla con víveres para cinco meses. Con esto, y con letras abiertas contra la casa de Maensoff y Clanoy, y con diamantes que para un caso llevaba, emprendió su marcha aventurera. Mas á los pocos dias de haber llegado á París, y cuando se preparaba á proseguir su empresa, fué descubierta la trama, dicen que por su mismo secretario, al ministro de Policía Fouché, quien le encerró en el castillo de Vincennes (marzo, 1810). Parecióle al ministro que era buena ocasion de sondear el ánimo del príncipe español, y propuso á Kolly que fuese á Valencey y siguiera representando su papel, prometiéndole en recompensa su libertad y asegurar

(1) Eran aquellos documentos una carta original de Cárlos IV., escrita en latin, al rey de Inglaterra, cuando Fernando casó en segundas nupcias con la princesa María Antonia de Nápoles, y dos escritas del mismo monarca inglés para el agosto prisionero. Hoy se encuentran unas y otras traducidas é impresas.

la suerte de sus hijos. Kolly rechazó con dignidad tan infucua propuesta, prefiriendo los calabozos de Vincennes á conducirse como traidor ⁽¹⁾.

En vista de su repulsa valióse la policía de un cierto truhan llamado Richard, á quien encomendó que fingiendo ser el mismo Kolly, y llevando sus mismas credenciales y documentos, se introdujese en el palacio de Valencey en trage de buhonero, y so pretesto de vender objetos curiosos viese de hablar á Fernando, y presentándole los papeles proponerle la fuga. Hízolo así el bellaco de Richard, avocándose primero con Amézaga (2 de abril); mas apenas se enteró Fernando de la proposicion, fuese que comprendieran ser el tal emisario un echadizo de la policía, fuese que faltára al príncipe valor para la fuga, ó que quisiera hacer méritos con Napoleon con quien de nuevo anhelaba emparentar (que todas estas interpretaciones se dieron, y no es fácil en tales casos averiguar la verdad), no solo se mostró irritado de la propuesta, sino que lo hizo denunciar todo al gobernador Berthemey, á quien escribió tambien él mismo (4 de abril), diciéndole entre otras cosas: «Lo que ahora ocupa mi atencion es para mí un objeto del mayor interés. Mi mayor deseo es ser

(1) En efecto, permaneció en ellos (y no fué poca fortuna que no le impusiesen mayor castigo) hasta la caída de Napoleon. Después vino á España, y obtuvo de Fernando, bajo ciertas condiciones, un privilegio para introducir harinas en la isla de Cuba con bandera española.

»hijo adoptivo de S. M. el emperador, nuestro soberano. Yo me creo merecedor de esta adopción, que »verdaderamente haría la felicidad de mi vida, tanto »por mi amor y afecto á la sagrada persona de S. M. »como por mi sumision y entera obediencia á sus intenciones y deseos.» El gobernador Berthemey lo puso todo en conocimiento del ministro de Policía (6 de abril), y sobre ello se formó un proceso, continuando el baron de Kolly encerrado en los calabozos de Vincennes ⁽¹⁾.

Llegaban en verdad en mala ocasion, asi el emisario verdadero como el fingido; pues por una fascinacion lamentable (ni nueva, ni transitoria, pues le duró por desgracia mucho tiempo) se hallaba entonces Fernando muy empeñado en congraciarse con Napoleon, y se desvivía por hacérsele acepto y agradable, como quien otra vez aspiraba, como al colmo de la dicha, á enlazarse con una princesa de la familia imperial. Cuando Napoleon, verificado el divorcio con la emperatriz Josefina, casó con la archiduquesa María Luisa de Austria, nuestro confinado de Valencey que ántes le habia felicitado por sus triunfos, le dirigió el mas lisonjero pláceme por sus bodas, encargando al conde de Alberg le pusiera en las manos imperiales (21 de marzo); y no contento con esto, y para mostrar me-

(1) Todas estas cartas y documentos se publicaron en el Monitor del 26 de abril, y traducidas por don Juan María Blanco se insertaron tambien después en las Memorias de Nellerro, tomo II.

por su entusiasmo, hízolo celebrar con fiestas y regocijos en su palacio de Valencey, fiestas en que no se escasearon los vivas y los brindis al emperador y á la nueva emperatriz ⁽¹⁾. El objeto de estas demostraciones descubrióle bien á los pocos dias (4 de abril), en la carta á Mr. de Berthemy de que acabamos de hacer mérito, en que ya le revelaba su deseo de ser hijo adoptivo de Napoleon. Si así era, lo cual parece inverosímil y repugna creerlo, ¿cómo habia de aceptar el proyecto de evasión con que en tales circunstancias se le convidaba?

Napoleon, á quien interesaba presentar á Fernando á los ojos de la Europa, y principalmente á los ojos de los españoles, como un príncipe que le estaba enteramente sometido, que no pensaba ya ni en el trono ni en las cosas de España, y por quien los españoles harían muy mal en seguir derramando su sangre, hacía publicar todas estas cartas en el Monitor, como ántes habia publicado las cartas de Aranjuez pidiéndole una de sus sobrinas por esposa, y las felicitaciones por sus victorias dirigidas desde Valencey. Fernando, no comprendiendo sin duda los artificiosos designios de Napoleon, y conduciéndose como un inocente, en vez de sentir esta publicidad le daba gracias por ella, y le decia: «Señor, las cartas publicadas en el Monitor han dado á conocer al mundo entero los

(1) Descripción de estas fiestas hecha por el gobernador Berthemy en comunicacion al ministro de Policía Fouché.

»sentimientos de perfecto amor de que estoy penetrado á favor de V. M. I. y R., y al propio tiempo mi »vivo deseo de ser vuestro hijo adoptivo.... Permitid, »pues, Señor, que deposite en vuestro seno los pensamientos de un corazon que, no vacilo en decirlo, »es digno de perteneceros por los lazos de la adopcion. »Que V. M. I. y R. se digne unir mi destino al de »una princesa francesa de su eleccion, y cumplirá el »mas ardiente de mis votos. Con esta union, ademas »de mi ventura personal, lograré la dulce certidumbre de que toda Europa se convencerá de mi inalterable respeto á la voluntad de V. M. I., y que V. M. »se digna pagar con algun retorno tan sinceros sentimientos.... (3 de mayo).»

Aunque los ejemplares del Monitor no se esparcian entonces mucho por España, hiciéronse no obstante venir algunos, porque interesaba al gobierno francés de París y de Madrid hacerlos conocer, y fué en efecto conocida esta correspondencia, no de todo el pueblo por fortuna, pero sí de bastantes españoles, y lo fué del Consejo de España é Indias, donde además el consejero conde de Torremuzquiz la denunció, añadiendo: «Que sabía que el emperador de los franceses tenía decretado el enlace de nuestro monarca Fernando VII. con la hija de su hermano José, intruso rey de España, declarándole en su virtud príncipe de Asturias con derecho á la corona de España, aun cuando su hermano tenga hijo varon, con la calidad de que en lo sucesi-